

este Océano sin fondo y sin orillas de luz y de verdad, el espíritu descubrirá siempre nuevas luces y nuevas verdades, sin que pueda nunca llegar á ver la última: *De claritate in claritatem*¹.

Y nosotros, que desde la infancia hasta la vejez luchamos con tanto trabajo y tan escaso resultado contra las tinieblas de la ignorancia y del error, ¿no desearemos ir al país de la luz, y seguiremos llorando á los que van delante?

En la carta siguiente hablaremos de la vida del corazón.

Tu afectísimo...

¹ II. Cor., III, 18.

CARTA DÉCIMANOVENA.

SUMARIO: En la tierra de los vivientes el corazón vive.— Vida del corazón: amar y ser amado.—Lo que amará el corazón y quién le amará.—Dios.—La Santísima Virgen, los Angeles, los Santos, nuestros parientes y amigos.—Poder y delicias de este amor.—En la tierra de los vivientes el cuerpo vive.—Cualidades del cuerpo glorioso: impassibilidad, sutileza, agilidad, claridad.—Explicación de las dos primeras cualidades.—Felicidad que de ellas resultará.

QUERIDO AMIGO:

En la tierra de los vivientes, el corazón, igual que el espíritu, vive con la plenitud de la vida. Para el corazón vivir es amar y ser amado. Amar lo verdadero, lo bello, lo bueno, á Dios, y todo lo que es digno de Dios; amarle como debe ser amado; amarle y ser amado de Él, sin temor de que se disminuya este amor recíproco: tal es la vida del corazón.

¿Quién será capaz de explicar lo que el hombre hace para satisfacer esta necesidad imperiosa de su ser? Vigilias, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la vida misma

no le parece mucho. ¿Qué digo? Todo le parece dulce á trueque de que le amen. Ofrece su amor á cuanto se le pone delante: al oro, la plata, á sus semejantes, á los mismos animales; y se tiene por dichoso cuando ve que se lo aceptan y que se le devuelve corazon por corazon.

Tan luego como se hayan pisado los umbrales de la ciudad feliz, el corazon se encuentra delante de la verdad viva, de la belleza viva, de la bondad viva, manantial inagotable de toda verdad, de toda belleza y de toda bondad. Al punto se realiza un misterio de placer inefable: el corazon del hombre se pierde en el corazon de Dios, y el corazon de Dios se derrama en el corazon del hombre. Los dos obedecen á esa atraccion misteriosa, que constituye el encanto de la amistad, y que áun acá bajo tiene tal poder sobre algunos corazones, que parece que hacen esfuerzos para romper su prision y saltar para unirse el uno al otro.

En el cielo, esa simpatía será aún mayor y más deleitable. Llegará, digamos así, hasta transformarnos en Dios; de manera que seremos, según la expresion de San Juan, *consumados en Él, semejantes á Él*¹. Consuma-

¹ Joann., xvii, 23.

dos en el Padre, que es el poder infinito; consumados en el Hijo, que es la sabiduría infinita; consumados en el Espíritu Santo, que es el amor infinito. ¿Concibes tú una dicha, una vida semejante?

No solamente amaremos á Dios y seremos de Él amados, sino que amaremos todo lo que es amable despues de Dios, y seremos igualmente amados. Amaremos á la más hermosa, la más dulce, la más amable de todas las criaturas, María, nuestra Madre y nuestra hermana, y ella nos amará con un amor más tierno que el de todas las madres.

Amaremos á los ángeles, los arcángeles y á todos los espíritus bienaventurados, criaturas de maravillosa perfeccion; y ellos nos amarán con un amor superior á todos los amores, excepto el de la Santísima Virgen.

Amaremos á todos los Santos, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires; á todos esos heroes y heroínas de la fe, adornados de todas las gracias y buenas cualidades que pueden cautivar el corazon.

Entre ellos amaremos á nuestros parientes, nuestro padre, nuestra madre, nuestros hermanos, hermanas, amigos, que los reconoceremos á todos; y ellos nos amarán con un amor, del cual la ternura con que aquí

bajo nos amaron no podrá dar la más ligera idea.

Las delicias que resultarán de este amor mutuo alcanzarán una dulzura y una fuerza incalculables.

En este Océano de amor se producirá como un flujo y reflujo, que llevará incesantemente el amor de todos al corazón de cada uno, y el amor de cada uno al corazón de todos. Así, el corazón vivirá con vida elevada á la más alta potencia, vida con todos los gozgos que la dan valor, con la plena seguridad que constituye el encanto del gozar, y en cuya comparación todas las más felices vidas de acá no son sino misérrima muerte.

La vida del cuerpo no será ménos perfecta en su género que la del alma. Para el cuerpo, vivir es obrar á su placer, plenamente, sin obstáculos ni cansancio: tal será, y mucho mejor, la vida del cuerpo en la tierra de los vivientes. Como compañero del alma en el trabajo, é instrumento de sus buenas obras, participará de la recompensa. Reformado según el modelo del cuerpo del segundo Adán, tendrá su admirable perfección. Deja que te hable, querido amigo, de una dicha, tanto mayor, cuanto más ardientemente nosotros la deseamos y ménos la conocemos.

Sabes, como yo, y todos los hombres saben como nosotros, que cuanto al cuerpo no somos más que ruinas. Los padres de nuestra raza, Adán y Eva, eran las criaturas más magníficas del mundo visible. Nosotros estábamos destinados á parecernos á ellos, á ser tan hermosos y magníficos como ellos eran. Cayeron: y nosotros llevamos en nuestro cuerpo, igual que en nuestra alma, las señales del rayo que los hirió, é hiriéndoles los desfiguró. No es sólo eso: la poca vida corporal que nos ha quedado, la vamos perdiendo sin cesar por todos los poros: *Quotidie morimur*.

Pero en la tierra de los vivientes todo será vida: nada ya de muerte, ni total ni parcial; nada de sufrimientos, nada de debilidad, nada de pérdidas, nada de influencias exteriores contrarias al pleno gozar. No hay allí noche, ni tempestades, ni nieves, ni lluvias, ni vientos molestos. Nuestro cuerpo, poseyendo toda su integridad, será dotado de cuatro cualidades, que le proporcionarán, por siempre jamás, la plenitud de la vida: la *impasibilidad*, la *sutileza*, la *agilidad* y la *claridad*¹.

¹ «Seminatur in corruptione, surget incorruptio: seminatur in ignobilitate, surget in gloria: semi-

Esto es de fe. «Esperamos del cielo, dice San Pablo, al Salvador nuestro Señor Jesucristo, que reformará nuestro miserable cuerpo según el modelo de su cuerpo glorioso»¹. Ahora bien; es de fe, que después de la resurrección, el cuerpo de nuestro Señor era *impasible*, mas no insensible; *sutil*, pero palpable; *ágil y luminoso*, visible é invisible, según su voluntad. Además, nuestro Señor hablaba, comía y hacía uso de todos sus sentidos².

«¡Y qué! exclama á este propósito San Juan Crisóstomo. ¡Nuestro cuerpo será semejante á ese cuerpo que está sentado á la diestra del Padre; á ese cuerpo que los ángeles adoran temblando de respeto; á ese cuerpo elevado sobre todos los principados y potestades y virtudes del cielo! Si el orbe entero se derritiera en lágrimas, ¿habría bastantes para llorar la infelicidad de los que abdicar tal esperanza?»³.

natur in infirmitate, surget in virtute: seminatur corpus animale, surget corpus spiritale». (1 Cor., xv, 42 y 44.)

¹ Ad Philip., iii, 20.

² Véase Corn. a Lapide, in Luc., xxix, 39; in Cor., xv, 49.

³ «Si ergo totus orbis lacrymis sumptis eos defle-

Impasibilidad. Tal será, pues, mi querido amigo, la primera cualidad de nuestro cuerpo gloriosamente resucitado. Despojado, durante su estancia en el sepulcro, de todas las imperfecciones y enfermedades, tristes efectos del pecado; vuelto á la vida en la edad del vigor y la hermosura, nuestro cuerpo gozará de eterno placer é inalterable salud.

Pobres enfermos, que compraríais á peso de oro la salud que os falta; mundanos y mundanas, que tan apasionadamente anhelais la hermosura, hasta el punto de que las deformidades corporales os son á veces tan insoportables como la muerte; que teneis delirio por la hermosura, y para consolaros gustais de atribuiros algún reflejo de ella; vosotros, en fin, que pasais tantos cuidados por conservar esa sombra de belleza, y por repararla y por suspender, si posible fuera, los deterioros que produce el tiempo... hacedos dignos de habitar un día en la tierra de los vivientes, y con esto teneis *seguridad* de gozar eternamente de perfecta salud, y de poseer una hermosura superior á todas las hermosuras visibles.

ret, qui ab ista spe deciderunt, num digne collacrymaretur?» (In Philip., iii, 21.)

He dicho *seguridad*, porque á más de la prometida semejanza de nuestro cuerpo con el del nuevo Adán, la impassibilidad será efecto necesario de la glorificación. En las cosas corruptibles, el principio vital no domina á la materia tan perfectamente que pueda preservarla de todo ataque contrario á su voluntad. Pero despues de la resurreccion, el alma de los Santos será completamente señora del cuerpo.

Este señorío será inmutable, por cuanto el alma estará inmutablemente bajo el señorío de Dios. Será perfecto, porque el alma misma será perfecta, y, por consiguiente, dotada del poder y voluntad de impedir todo lo que pueda perjudicar al cuerpo. Además, en el cielo la felicidad del hombre ha de ser completa, y no lo sería si el cuerpo permaneciera sujeto al sufrimiento ó á cualquiera deformidad.

Por lo demas, mi querido amigo, me apresuro á consignar que la impassibilidad no destruirá la sensibilidad. Sin perjuicio de conservar en su integridad la naturaleza de los cuerpos, el poder divino puede quitarles ciertas cualidades. Así, en el horno de Babilonia quitó al fuego la virtud de quemar ciertas cosas, toda vez que los cuerpos de los tres jó-

venes hebreos permanecieron intactos; pero le dejó la de quemar otras cosas, y de hecho la leña se quemó.

Lo mismo sucederá con los cuerpos gloriosos. Dios les quitará la pasibilidad y les conservará la sensibilidad. Y si los cuerpos gloriosos no fueran sensibles, la vida de los Santos, despues de la resurreccion, ni sería la vida en su plenitud, ni aún la vida ordinaria, ni siquiera el sueño, que es la vida á medias, sino que sería una especie de adormecimiento, incompatible con la felicidad completa ¹.

Sutil. El cuerpo, ántes animal, resucitará glorioso; por consiguiente, sutil. Todos saben que la sutileza es una de las principales cualidades de los espíritus, y que la de los seres espirituales aventaja infinitamente á la de los corporales. Los cuerpos gloriosos, siendo espirituales, serán, pues, muy sutiles. La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar á traves de otro, poco más ó ménos, como el rayo luminoso penetra el cristal sin descomponerlo ni alterarlo. De ese modo, el nuevo Adán, despues de su resurreccion entró, estando cerradas las puertas, en la habi-

¹ S. Thom., *Sup.*, I, q. 82, art. II.

tacion donde los discípulos se encontraban reunidos ¹.

Dos causas naturales hacen eso posible: lo tenue del cuerpo que penetra, y la existencia de poros ó espacios vacíos entre las partes del cuerpo penetrado. Pero el verdadero principio de la sutileza de los cuerpos gloriosos será su perfecta dependencia del alma glorificada. El primer efecto de esta sumision será hacer, dentro de los límites de lo posible, que el cuerpo participe de la naturaleza del alma, y, por consiguiente, de las operaciones de la misma. De modo que no habrá obstáculo para las más íntimas comunicaciones de los Santos entre sí y con todas las partes de la tierra de los vivientes ².

No obstante, los cuerpos gloriosos permanecerán palpables. Reformados como la fe nos enseña, según el modelo del cuerpo del Verbo resucitado, tendrán sus mismas cualidades. Mas el cuerpo del Verbo resucitado era palpable. «Palpad y ved, decía el buen Maestro á sus discípulos asombrados; palpad

¹ Joann., xx, 26.

² S. Thom., ib., q. 83, art. 1.—Eso que se llama *la ciencia* no puede oponer á la sutileza de los cuerpos ninguna objecion sólida, supuesto que ni siquiera sabe lo que es la materia.

y ved: el espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo los tengo» ¹. Es, además, un artículo de fe, sancionado por la Iglesia en la condenacion de Eutiques, Patriarca de Constantinopla, el cual sostenía la impalpabilidad de los cuerpos gloriosos.

Verse descargado, y descargado para siempre, del pesado fardo de la materia; ser joven, y eternamente joven; ser bellos con encantadora belleza, y esto por siempre jamas: tales son las dos primeras cualidades reservadas al cuerpo del hombre en la tierra de los vivientes. Las otras para la carta siguiente.

Tu afectísimo...

¹ Luc., xxiv, 39.